



LEV TOLSTÓI

GUERRA

Y PAZ

PRÓLOGO DE

EDUARDO MENDOZA

 Planeta

LEV TOLSTÓI  
GUERRA  
Y PAZ



Prólogo de Eduardo Mendoza  
Edición y traducción de Lydia Kúper

Título original: *Война и мир*

La primera edición de esta traducción fue publicada por Mario Muchnik Editores en 2009.

© por la edición y la traducción, herederos de Lydia Kúper, 2003

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios del copyright. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

© Prólogo, Eduardo Mendoza, 2009, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26532-0

Depósito legal: B. 16.115-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## SUMARIO

PRÓLOGO, por Eduardo Mendoza . . . . .	7
El autor y su obra. . . . .	9
Algunas precisiones útiles de carácter bélico. . . . .	18
La muerte de Tolstói . . . . .	22

## GUERRA Y PAZ

LIBRO PRIMERO	
Primera parte . . . . .	29
Segunda parte . . . . .	137
Tercera parte . . . . .	233
LIBRO SEGUNDO	
Primera parte . . . . .	333
Segunda parte . . . . .	387
Tercera parte . . . . .	463
Cuarta parte . . . . .	537
Quinta parte. . . . .	589
LIBRO TERCERO	
Primera parte . . . . .	661
Segunda parte . . . . .	745
Tercera parte . . . . .	889
LIBRO CUARTO	
Primera parte . . . . .	1003
Segunda parte . . . . .	1059
Tercera parte . . . . .	1107
Cuarta parte . . . . .	1155

GUERRA Y PAZ

EPÍLOGO

Primera parte . . . . .	1213
Segunda parte . . . . .	1267

Unas palabras acerca de <i>Guerra y paz</i> , por Lev Tolstói . . . .	1309
Nota de la traductora . . . . .	1319

ANEXOS

Algunos personajes de <i>Guerra y paz</i> . . . . .	1323
Notas . . . . .	1335

## I

—Eh bien, mon prince, Génova y Lucca ya no son más que posesiones de la familia Bonaparte. No, le prevengo que si usted no me dice que estamos en plena guerra, si vuelve a permitirse paliar todas las infamias, todas las atrocidades de ese Anticristo (le doy mi palabra de que así lo considero), a usted ya no lo conozco, no es usted mi amigo, no es mi devoto esclavo, como dice. Ea, bienvenido, bienvenido. Veo que lo he asustado. Siéntese y charlemos.

Con tales palabras, Anna Pávlovna Scherer, dama de honor muy allegada a la emperatriz María Feodórovna, salía al encuentro, en un día de julio de 1805, de cierto importante personaje cargado de títulos, el príncipe Vasili, primero en llegar a su recepción. Anna Pávlovna tosía desde hacía unos días; se trataba de una «grippe», como ella decía («grippe» era entonces una palabra nueva, que muy pocos empleaban). Las tarjetas de invitación, enviadas por la mañana mediante un lacayo de librea roja, decían indistintamente:

*Si vous n'avez rien de mieux à faire, M. le comte (o bien mon prince), et si la perspective de passer la soirée chez une pauvre malade ne vous effraye pas trop, je serai charmée de vous voir chez moi entre 7 et 10 heures. Annette Scherer.*

—Dieu, quelle virulente sortie! —exclamó sin inmutarse por semejante acogida el príncipe, que entraba con su recamado uniforme de Corte, sus calzas de seda y zapatos de hebilla, lleno el pecho de condecoraciones y con una apacible expresión en el achatado rostro.

Era el suyo un francés selecto, como aquel que nuestros abuelos no sólo hablaban, sino que usaban también para pensar, dicho con esa entonación dulce, protectora, propia de un hombre importante, envejecido en la alta sociedad y en la Corte. Se acercó a Anna Pávlovna, le

besó la mano, inclinando su perfumado y brillante cráneo, y tranquilamente tomó asiento en el diván.

—Avant tout, dites-moi comment vous allez, chère amie. Tranquillice a un amigo —dijo sin alterar la voz y con un tono en el que, tras la conveniencia y simpatía, apuntaba una indiferencia casi irónica.

—No se puede estar bien cuando se sufre moralmente —respondió Anna Pávlovna—. ¿Se puede estar tranquila en nuestros tiempos, si se tiene corazón? Espero que se quede conmigo toda la velada, ¿verdad?

—¿Y la fiesta del embajador de Inglaterra? Hoy es miércoles y tendré que dejarme ver. Mi hija vendrá a buscarme.

—Creí que esa fiesta se anularía. Je vous avoue que toutes ces fêtes et tous ces feux d'artifice commencent à devenir insipides.

—De haberse sabido su deseo, la fiesta se habría cancelado —replicó el príncipe, quien, como de costumbre, igual que un reloj en marcha, decía cosas en las que ni él mismo deseaba que se creyese.

—Ne me tourmentez pas. Eh bien, qu'a-t-on décidé par rapport à la dépêche de Novosiltsov? Vous savez tout.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió el príncipe con voz fría y cansada—. Qu'a-t-on décidé? On a décidé que Buonaparte a brûlé ses vaisseaux, et je crois que nous sommes en train de brûler les nôtres.

El príncipe Vasili hablaba siempre perezosamente, como un actor que declama su papel en una comedia archisabida. Por el contrario, Anna Pávlovna Scherer, a pesar de sus cuarenta años, se mostraba llena de animación y fervor.

Ser entusiasta se había convertido para la dama en una verdadera posición social y aun a veces, sin quererlo, sólo por no defraudar las esperanzas de quienes la conocían, se fingía entusiasta. La contenida sonrisa que brillaba siempre en el rostro de Anna Pávlovna, aun cuando no armonizara con los rasgos envejecidos de su rostro, expresaba, como en los niños mimados, la permanente conciencia de su gracioso defecto, del que ni quería, ni podía, ni encontraba necesario corregirse.

En plena conversación política, Anna Pávlovna se acaloró:

—¡Oh, no me hable de Austria! Tal vez yo no entiendo ni palabra, pero me parece que Austria no desea la guerra ni la ha deseado nunca. Nos traiciona. Sólo Rusia debe salvar a Europa. Nuestro bienhechor conoce su alta misión y le será fiel: sólo en eso confío. A nuestro amado y bondadoso Emperador le está reservada la misión más grandiosa del mundo y él es tan virtuoso que Dios no lo abandonará, para que cumpla su alto destino: aplastará la hidra de la rebelión, más terrible todavía al estar encarnada en aquel malhechor y asesino. Nosotros solos debemos redimir la sangre del justo... Y yo le pregunto... ¿En quién podemos confiar? Inglaterra, con su espíritu comercial, no comprenderá ni podrá comprender nunca la sublime altura moral del emperador Alejandro. Se han negado a evacuar Malta. Quiere ver claro y bus-

ca por todas partes el móvil secreto de nuestros actos. ¿Qué han dicho a Novosiltsov?... Nada. No han comprendido, no pueden comprender la abnegación de nuestro Emperador, que nada quiere para sí y lo quiere todo para el bien del mundo. ¿Y qué han prometido? Nada. ¡Y lo que prometieron no lo cumplirán! Prusia ha declarado ya que Bonaparte es invencible y que nada puede hacer Europa entera contra él... Y yo no creo una sola palabra ni de Hardenberg ni de Haugwitz. Cette fameuse neutralité prussienne, ce n'est qu'un piège. No creo más que en Dios y en el sublime destino de nuestro gran Emperador. ¡Él salvará a Europa!... —Y aquí se interrumpió de improviso Anna Pávlovna, con una sonrisa irónica, burlándose de su propio ardor.

—Creo —comentó el príncipe sonriendo— que si la hubiesen enviado a usted en vez de a nuestro simpático Wintzingerode, habría arrancado el consentimiento del rey de Prusia. ¡Es usted tan elocuente! Pero ¿no me ofrece té?

—¡Ahora mismo! À propos —añadió calmándose de nuevo—, hoy tendré en mi casa a dos hombres muy interesantes: le vicomte de Mortemart, il est allié aux Montmorency par les Rohan. Una de las mejores familias de Francia. Es uno de los auténticos y verdaderos emigrados. Además vendrá l'abbé Morio. ¿Conoce a esa mente privilegiada? Ha sido recibido por el Emperador. ¿Lo conoce?

—Estaré encantado —dijo el príncipe; y añadió con negligencia, como si en aquel instante se acordara de algo distinto, aun cuando lo que preguntaba era el principal objeto de su visita—: Dígame, ¿es verdad que l'impératrice-mère desea el nombramiento del barón Funke como primer secretario en Viena? C'est un pauvre sire, ce baron, à ce qu'il paraît.

El príncipe Vasili intentaba obtener para su hijo el cargo que, a toda costa, se deseaba conceder al barón por mediación de la emperatriz María Feodórovna.

Anna Pávlovna cerró casi los ojos, como significando que ni ella ni nadie podía criticar lo que gustaba o no a la Emperatriz.

—Monsieur le baron de Funke a été recommandé à l'impératrice-mère par sa sœur —se limitó a decir con voz triste y seca.

Cuando Anna Pávlovna nombró a la Emperatriz su rostro adquirió la expresión profunda y sincera de una mezcla de devoción, estima y tristeza, lo cual ocurría siempre que en la conversación hablaba de su protectora. Añadió que Su Majestad había querido mostrar al barón Funke *beaucoup d'estime*, y, una vez más, sus ojos se velaron de tristeza.

El príncipe se calló aparentando indiferencia. Anna Pávlovna, con su habilidad de mujer y dama de Corte y con la rapidez de su intuición femenina, quiso castigar al príncipe por cuanto había osado decir sobre una persona recomendada a la Emperatriz, consolándolo al mismo tiempo.

—Mais à propos de votre famille —añadió—, ¿sabe usted que su hija, con su presentación en sociedad, fait les délices de tout le monde? On la trouve belle comme le jour.

El príncipe se inclinó en señal de respeto y gratitud.

—Pienso a menudo —prosiguió Anna Pávlovna después de un instante de silencio, acercándose al príncipe y sonriéndole tiernamente, demostrando así que había concluido la conversación política y mundana y que podía iniciarse la íntima—, pienso muchas veces con cuánta injusticia se reparten los bienes de la vida. ¿Por qué la fortuna le ha concedido dos hijos (no cuento al menor, Anatole, que no me gusta) —añadió con voz tajante, arqueando las cejas—, dos hijos tan excelentes? Sinceramente, usted los aprecia menos que nosotros, porque no se los merece.

Y volvió a sonreír con su sonrisa entusiasta.

—Que voulez-vous? Lafater aurait dit que je n'ai pas la bosse de la paternité —dijo el príncipe.

—Déjese de bromas. Quiero hablar con usted seriamente. ¿Sabe que estoy descontenta de su hijo menor? Y entre nosotros le diré —a su rostro volvió la expresión de tristeza— que han hablado de él a Su Majestad y lo han compadecido...

No respondió el príncipe, pero la dama lo observaba en silencio, interrogativamente, en espera de una respuesta. El príncipe Vasili arrugó el ceño.

—¿Qué quiere que haga? —dijo por fin—. Sabe que hice por su educación cuanto puede hacer un padre, y los dos han salido imbéciles. Hipólito, por lo menos, es un tonto apacible y Anatole un tonto turbulento. Ésa es la única diferencia que hay entre ellos —añadió con una sonrisa todavía más artificial y una animación mayor que de ordinario, al mismo tiempo que en las arrugas que rodeaban su boca se dibujó algo inesperadamente vulgar y desagradable.

—¿Por qué hombres como usted tienen hijos? Si no fuese padre, nada tendría que reprocharle —comentó Anna Pávlovna, levantando pensativamente los ojos.

—Je suis votre fiel esclave, et à vous seule je puis l'avouer. Mis hijos, ce sont les entraves de mon existence. Ésta es mi cruz. Así me lo explico yo. Que voulez-vous... —Y calló, expresando con un gesto su sumisión al cruel destino.

Anna Pávlovna quedó pensativa.

—¿No ha pensado alguna vez en casar a su hijo pródigo, a Anatole? —Y añadió—: Dicen que las solteras ont la manie des mariages. No es que sienta ya esta debilidad, pero tengo en la mente a una petite personne que no lo pasa muy bien con su padre, une parente à nous, une princesse Bolkónskaia.

El príncipe Vasili no respondió, aunque captó su propuesta gracias

a la memoria y rapidez de comprensión propias de los hombres de mundo y así se lo hizo entender con un movimiento de cabeza.

—Oh, ¿sabe que ese Anatole me cuesta cuarenta mil rublos al año? —dijo, sin poder evitar, por lo visto, el curso de sus tristes pensamientos. Después calló de nuevo—. ¿Qué va a ocurrir dentro de cinco años, si las cosas siguen así? Voilà l'avantage d'être père. ¿Es rica esa princesa?

—Su padre es rico y avaro. Vive en el campo. Es el famoso príncipe Bolkonski, caído en desgracia en los tiempos del difunto Emperador y al que llamaban «rey de Prusia». Se trata de un hombre muy inteligente, pero maniático y difícil. La pauvre petite est malheureuse comme les pierres. Tiene un hermano que se casó recientemente con Lisa Meinen. Es ayudante de campo de Kutúzov y hoy vendrá a mi casa.

—Écoutez, chère Annette —dijo el príncipe, tomando de improviso la mano de su interlocutora e inclinándola incomprensiblemente hacia abajo—. Arrangez-moi cette affaire et je suis votre fidelísimo esclavo à tout jamais. La muchacha es de buena familia y rica. No necesito otra cosa.

Y con aquellos movimientos fáciles, familiares y graciosos que lo distinguían, tomó de nuevo la mano de la dama de honor, la besó y después de besarla la agitó en el aire un instante y se arrellanó en el sillón dirigiendo los ojos a otra parte.

—Attendez —dijo Anna Pávlovna—. Hoy mismo hablaré con Lise, la femme du jeune Bolkonski. Tal vez lleguemos a un acuerdo. Ce sera dans votre famille que je ferai mon apprentissage de vieille fille.

## II

Poco a poco iba llenándose el salón de Anna Pávlovna. Llegaba la alta sociedad de San Petersburgo: gente muy diversa en edad y carácter, pero perteneciente al mismo medio. Estaba allí la hija del príncipe Vasili, la bella Elena, que venía en busca de su padre para ir a la fiesta del embajador; vestía un traje de baile, con la insignia de dama de honor. También estaba la joven princesa Bolkónskaia, conocida como *la femme la plus séduisante* de San Petersburgo, menudita, casada el año anterior. Ahora, a causa de su embarazo, no podía aparecer en las grandes recepciones, pero seguía frecuentando las pequeñas veladas. Igualmente había llegado el príncipe Hipólito, hijo del príncipe Vasili, con Mortemart, presentado por él; y el abate Morio, y otros muchos.

—¿No ha visto a ma tante o no la conoce aún? —preguntaba Anna Pávlovna a los invitados que llegaban. Y con mucha gravedad los conducía ante una viejecita vestida con un traje muy adornado de cintas, que había salido de otra estancia en cuanto los invitados comenzaron a llegar.

Anna Pávlovna se los presentaba, pronunciando sus nombres y volviendo lentamente sus ojos desde el invitado a *ma tante*. Después se alejaba. Todos los recién llegados cumplieron la ceremonia de saludar a la desconocida tía, por la que nadie se interesaba y de la que no sentían curiosidad alguna. Anna Pávlovna, con aire solemne y triste, seguía sus saludos, aprobándolos en silencio. *Ma tante* hablaba a cada uno, con idénticas palabras, sobre su propia salud, la del interlocutor y la de Su Majestad, que, gracias a Dios, estaba mejor. Todos cuantos se acercaban para saludar a la anciana no mostraban, por decoro, prisa en irse y se retiraban con una sensación de alivio por haber cumplido un deber penoso y no volver en toda la velada.

La joven princesa Bolkónskaia traía su labor en una pequeña bolsa de terciopelo recamada en oro. Su bonito labio superior, sombreado de leve vello, era, con respecto a sus dientes, demasiado corto, lo que le daba una mayor gracia, lo mismo al alzarse que al descender sobre el labio inferior. Como ocurre siempre con las mujeres francamente atractivas, sus defectos (un labio demasiado corto y la boca siempre entreabierta) parecían constituir una verdadera y particular belleza, exclusiva de su poseedora. Era para todos un placer mirar a la bella futura mamá, llena de salud y vitalidad, capaz de soportar su estado tan fácilmente. A los viejos y a los jóvenes aburridos y taciturnos les parecía que al poco rato de estar hablando con ella también ellos adquirirían tales cualidades. Cualquiera que le hablara y viera a cada palabra su sonrisa jovial y los resplandecientes dientes se consideraría particularmente ingenioso aquel día. Y así pensaban todos.

La menuda princesa, con pasos breves y rápidos, dio la vuelta a la mesa con su bolsa de labor en la mano; y, ajustándose alegremente el vestido, tomó asiento en un diván cerca del samovar de plata, como si todo lo que hacía fuese *une partie de plaisir* para ella y para cuantos la rodeaban.

—J'ai apporté mon ouvrage —dijo, abriendo la bolsa y dirigiéndose a todos al mismo tiempo—. Mire, Annette, ne me jouez pas un mauvais tour —añadió volviéndose hacia la dueña de la casa—. Vous m'avez écrit que c'était une toute petite soirée; voyez comme je suis attifée.

Y extendió los brazos, para enseñar su elegante vestido gris, guarnecido de blondas y ceñido bajo el pecho con una cinta ancha.

—Soyez tranquille, Lise, vous serez toujours la plus jolie —respondió Anna Pávlovna.

—Vous savez, mon mari m'abandonne —siguió diciendo con el mismo tono, volviéndose a un general—. Il va se faire tuer. Dites-moi, pourquoi cette vilaine guerre? —Se dirigía ahora al príncipe Vasili, y sin esperar respuesta, comenzó a charlar con la hija del príncipe, la bella Elena.

—Quelle délicieuse personne que cette petite princesse! —comentó en voz baja el príncipe Vasili dirigiéndose a Anna Pávlovna.

Poco después de la menuda princesa entró en la sala un joven corpulento, grueso, de cabellos cortos, lentes, calzones claros, según la moda de la época, alto cuello de encaje y frac de color castaño. Aquel joven grueso era el hijo natural de un célebre dignatario en los tiempos de Catalina II, el conde Bezújov, que precisamente entonces estaba a las puertas de la muerte en Moscú. No había ocupado todavía ningún cargo, y volvía del extranjero, donde se había educado; por primera vez tomaba parte en una recepción. Anna Pávlovna lo acogió, con el saludo reservado a los hombres de ínfimo rango jerárquico, en su salón. Mas, a pesar del saludo dirigido como a una persona inferior, al ver entrar a Pierre, el rostro de Anna Pávlovna reflejó la inquietud y el temor que se experimentan cuando uno se halla ante una cosa enorme y fuera de su sitio. En realidad, Pierre era algo más corpulento que cualquiera de los demás hombres que se hallaban allí; pero el temor de la anfitriona podía deberse solamente a su inteligente mirada de observador franco y tímido a la vez, que lo distinguía de los demás invitados.

—C'est bien aimable à vous, monsieur Pierre, d'être venu voir une pauvre malade —le dijo Anna Pávlovna, al tiempo que intercambiaba una asustada mirada con la tía, hacia quien llevaba al recién llegado.

Pierre murmuró unas palabras ininteligibles y siguió buscando a alguien con los ojos. Sonrió alegremente al saludar a la menuda princesa como a una íntima conocida y se acercó a la tía. No eran vanos los temores de Anna Pávlovna, porque Pierre no escuchó más que el final de la frase de la tía sobre la salud de Su Majestad y se alejó de la señora. Anna Pávlovna, asustada, lo detuvo, diciéndole:

—¿No conoce al abate Morio? Es un hombre muy interesante...

—Sí; he oído hablar de sus proyectos de paz perpetua; eso es muy hermoso, pero no me parece posible...

—¿Lo cree así?... —replicó Anna Pávlovna, por decir algo, y quiso volver a sus deberes de anfitriona.

Pero Pierre cometió otra incorrección. Antes no atendió a la tía, alejándose de ella; ahora entretenía con su conversación a la anfitriona, que debía cumplir con sus propias obligaciones. Con la cabeza inclinada, separadas sus largas piernas, demostraba a Anna Pávlovna por qué, a su juicio, los proyectos del abate eran una quimera.

—Hablaemos después. —Sonrió Anna Pávlovna.

Y separándose del joven, que no tenía el más elemental conocimiento del mundo, volvió a sus ocupaciones de ama de casa: a mirar y escuchar, pronta a llevar auxilio allí donde la conversación decaía. Como el dueño de una hilandería, que, tras haber colocado en sus puestos a los operarios, camina a un lado y otro de su taller, y advirtiendo dónde hay un huso parado o el ruido insólito y demasiado fuerte de

otro, los vuelve de nuevo a la marcha conveniente, así Anna Pávlovna, paseando por su salón, se acercaba bien a un círculo demasiado silencioso, bien a otro excesivamente locuaz, y con una palabra, con una sustitución de personas, reanimaba el mecanismo de la conversación y lo dejaba de nuevo en su ritmo regular y correcto. Pero aun en medio de ese cuidado, se notaba su especial temor por Pierre. No dejó de observarlo cuando se acercó a escuchar a Mortemart o cuando se dirigió hacia el grupo en que estaba el abate. Aquella velada era la primera que en Rusia veía Pierre, educado en el extranjero. No ignoraba que allí estaba reunida toda la intelectualidad de San Petersburgo; y sus ojos, como los de un niño en una tienda de juguetes, iban de un lado a otro. Temía perder cualquier conversación apasionante que pudiera escuchar. Y observando las seguras y desenvueltas expresiones en los rostros de las personas allí congregadas, esperaba en todo momento oír algo extraordinariamente inteligente. Por fin se acercó a Morio. La conversación le parecía interesante y se detuvo en el grupo del abate, a la espera de una ocasión para expresar su propio parecer, como les gusta hacer a los jóvenes.

## III

La velada de Anna Pávlovna estaba en marcha. Los husos trabajaban regularmente en sus distintos lugares y rumoreaban sin cesar. Excepcionalmente a *ma tante*, junto a la que estaba una señora de cierta edad y rostro enjuto y lloroso, como fuera de lugar en aquella brillante reunión, los invitados formaban tres grupos. El abate era el centro de uno, compuesto de hombres en su mayoría. En el otro, formado por los jóvenes, se hallaba la bella princesa Elena, hija del príncipe Vasili, y la bonita y sonrosada, aunque un poco regordeta para su edad, princesa Bolkónskaia. Y el tercer grupo era el formado por Mortemart y Anna Pávlovna.

El vizconde era un hombre joven y atractivo, de fisonomía y maneras agradables; sin duda se consideraba una celebridad, aunque por buena educación permitía modestamente que la sociedad en que se hallaba pudiera aprovecharse de él. Era evidente que Anna Pávlovna lo ofrecía a sus invitados. Como un buen *maître d'hôtel* nos sirve como plato extraordinario y exquisito aquel trozo de carne que nadie comería si lo viera en una sucia cocina, así, aquella noche, Anna Pávlovna «servía» a sus invitados —primero al vizconde, y después al abate— como un manjar refinado y extraordinario. En el grupo de Mortemart se habló de inmediato del asesinato del duque de Enghien. El vizconde sostenía que el duque había sido víctima de su propia magnanimidad y que la cólera de Bonaparte obedecía a causas especiales.

—Ah! Voyons. Contez-nous cela, vicomte —medió Anna Pávlov-

na alegremente, porque le parecía que aquella frase sonaba algo a lo Luis XV—. Contez-nous cela, vicomte.

El vizconde se inclinó en señal de obediencia y sonrió cortésmente. Anna Pávlovna hizo corro en torno al vizconde e invitó a cada uno a escucharlo.

—Le vicomte a été personnellement connu de Monseigneur —surró a uno Anna Pávlovna—. Le vicomte est un parfait conteur —dijo a otro—. Comme on voit l'homme de la bonne compagnie! —aseguró a un tercero; y así, el vizconde fue servido a los presentes en el aspecto más elegante y lisonjero para él, como un *roast beef* en plato caliente, guarnecido de verduras.

El vizconde, dispuesto a comenzar su historia, sonreía cortés.

—Venid aquí, chère Hélène —dijo Anna Pávlovna a la princesa que, sentada un poco más allá, era el centro de otro grupo.

La princesa Elena sonreía; se levantó con la misma invariable sonrisa de mujer bellísima con que había entrado en el salón. Con el leve crujido de su traje de baile, blanco, adornado de terciopelo; resplandeciente por la blancura de los hombros, el brillo de sus cabellos y los diamantes, se adelantó entre los hombres que le abrían paso, erguida, sin mirar a ninguno pero sonriendo a todos, como regalando el derecho a admirar la belleza de su talle, de sus brazos torneados, de los escotados espalda y pecho (según la moda de la época). Se acercó a Anna Pávlovna como llevando consigo todo el esplendor de la fiesta. Elena era tan bella que no sólo no había en ella sombra alguna de coquetería sino que, al contrario, parecía avergonzarse de su propia belleza, que sobresalía demasiado exultante y victoriosa; diríase que deseaba reducir sus efectos, aunque sin conseguirlo.

—Quelle belle personne! —comentaban todos los que la veían. Y el vizconde, como impresionado por algo extraordinario, sacudió los hombros y bajó los ojos mientras ella se sentaba delante y lo iluminaba con su inmutable sonrisa.

—Madame, je crains pour mes moyens devant un pareil auditoire. —Sonrió, inclinando la cabeza.

La princesa apoyó en el velador el brazo desnudo y no creyó necesario decir una sola palabra. Lo miraba sonriente, esperando. Durante toda la narración permaneció erguida, mirando ya el bello brazo desnudo, ya el seno aún más bello sobre el cual resplandecía el collar de diamantes; a veces ordenaba los pliegues del vestido y, cuando el relato impresionaba a los oyentes, miraba a Anna Pávlovna y tomaba la misma expresión que la dama de honor, para volver enseguida a su propia calma y a su bonita sonrisa. Tras Elena se acercó también la joven princesa, abandonando la mesa del té.

—Attendez-moi, je vais prendre mon ouvrage —dijo—. Voyons, à quoi pensez-vous? —añadió, volviéndose al príncipe Hipólito—. Apportez-moi mon réticule.

Sonriente y hablando con todos, la princesa hizo cambiar a los demás de sitio y se acomodó alegremente.

—Ahora estoy bien —dijo, pidiendo que se empezara; y volvió a su labor.

El príncipe Hipólito, que le había traído la bolsa, acercó mucho su butaca y se sentó junto a la joven.

*Le charmant Hippolyte* llamaba la atención por la extraordinaria semejanza con su hermana y, sobre todo, porque, a pesar de esa semejanza, era asombrosamente feo. Sus facciones eran las mismas que las de su hermana; pero mientras que en ella estaban iluminadas por su alegre sonrisa satisfecha, joven, invariable, y por la hermosura clásica del cuerpo, en el hermano, por el contrario, el mismo rostro estaba como oscurecido por la estulticia y expresaba siempre un mal humor presuntuoso; su cuerpo era flaco y débil. Los ojos, la nariz y la boca parecían contraídos en una indefinida mueca de aburrimiento, y sus brazos y piernas nunca aparecían en posición natural.

—Ce n'est pas une histoire de revenants? —dijo, sentándose junto a la princesa y llevándose enseguida a los ojos los impertinentes, como si no pudiera hablar sin este artefacto.

—Mais non, mon cher —dijo el narrador, sorprendido y encogándose de hombros.

—C'est que je déteste les histoires de revenants —replicó Hipólito, demostrando alcanzar el sentido de sus propias palabras sólo después de haberlas pronunciado.

Dado el aplomo con que hablaba, nadie pudo comprender si lo dicho era muy inteligente o una solemne tontería. Vestía frac verde oscuro, con calza de color *cuisse de nymphe effrayée*, según su propia frase, medias de seda y zapatos de hebilla.

*Le vicomte* contó con mucha gracia la anécdota entonces de moda: el duque de Enghien se había dirigido secretamente a París para encontrarse con mademoiselle George, y en casa de la señora coincidió con Bonaparte, que también gozaba de los favores de la famosa actriz. En aquella ocasión, Napoleón, casualmente, había sufrido un desvanecimiento de los que solían aquejarlo, lo que lo puso a merced del duque, pero éste no se había aprovechado de la situación y, precisamente por esa magnanimidad, Bonaparte se vengó, condenándolo a morir.

El relato resultaba ameno e interesante, sobre todo en aquella parte donde se hacía alusión al encuentro de ambos rivales; las damas parecieron conmovidas.

—Charmant —comentó Anna Pávlovna, interrogando con los ojos a la pequeña princesa.

—Charmant —susurró la pequeña princesa, deteniéndose en su labor y demostrando así que el interés y el encanto del relato le impedían continuar.

El vizconde apreció aquella silenciosa alabanza y, sonriendo reconocido, prosiguió. Pero en aquel instante, Anna Pávlovna, que miraba siempre al para ella temible Pierre, notando que estaba ahora hablando arduosamente y en voz demasiado fuerte con el abate, decidió acudir en auxilio de aquel punto amenazado. En efecto, Pierre había conseguido trabar conversación con el abate sobre el equilibrio político, y el abate, visiblemente interesado por el sincero entusiasmo del joven, le exponía su idea favorita. Escuchaban y hablaban entrambos con demasiada animación y espontaneidad y era eso lo que no gustó a Anna Pávlovna.

—Los medios son el equilibrio europeo y el *droit de gens* —decía el abate—. Basta con que un Estado tan poderoso como Rusia, considerado hasta ahora bárbaro, se ponga desinteresadamente al frente de esta alianza, cuya finalidad es el equilibrio de Europa, y ¡salvará al mundo!

—¿Y cómo hallará tal equilibrio? —comenzó a decir Pierre.

Pero en aquel instante se acercó Anna Pávlovna que, mirando severamente a Pierre, preguntó al italiano cómo le sentaba el clima de San Petersburgo. La fisonomía del italiano se transformó de pronto: cobró la expresión falsamente acaramelada, afable y atenta que, al parecer, le era habitual al conversar con las damas.

—Estoy tan impresionado por la espiritualidad y cultura de esta sociedad, y sobre todo de su parte femenina, en la cual tuve el honor de ser recibido, que todavía no he podido pensar en el clima —replicó.

Anna Pávlovna, sin soltar ya al abate y a Pierre, para tenerlos mejor bajo su vigilancia, los unió al grupo común. En aquel instante un nuevo invitado entró en el salón.

Se trataba del joven príncipe Andréi Bolkonski, marido de la pequeña princesa. El príncipe Bolkonski era un joven de talla media, muy agraciado, de enérgico rostro, rasgos secos y muy acentuados. Todo en él era un vivo contraste con su pequeña esposa, llena de vida, desde su mirada cansada y aburrida hasta su paso lento y uniforme. Parecía conocer a todas las personas reunidas en el salón, y esto le fastidiaba tanto que hasta le resultaba muy aburrido mirarlas y escucharlas. De todos aquellos rostros, el que más tedio parecía producirle era el de su bonita esposa. Se apartó de ella con una mueca que afeaba su rostro hermoso, besó la mano de Anna Pávlovna y entrecerrando los ojos miró a los demás.

—*Vous vous enrôlez pour la guerre, mon prince?* —le preguntó Anna Pávlovna.

—*Le général Koutouzoff* —dijo Bolkonski, acentuando a la manera francesa la última sílaba *zoff*— *a bien voulu de moi pour aide-de-camp...*

—*Et Lise, votre femme?*

—*Irá al campo.*

—¿No le parece un pecado privarnos de la presencia de su preciosa esposa?

—André —dijo Lisa, hablando a su marido con el mismo tono mimoso con que se dirigía a los extraños—, ¡si supieses qué historia nos ha contado el vizconde sobre mademoiselle George y Bonaparte!

El príncipe Andréi entornó los ojos y se apartó. Pierre, que desde la entrada del príncipe Andréi no había apartado de él su mirada sonriente y amistosa, se acercó y lo cogió del brazo. El príncipe, sin volverse, contrajo el rostro en una mueca que expresaba descontento hacia quien lo sujetaba del brazo, pero al ver el rostro sonriente de Pierre le correspondió con una sonrisa inesperadamente bondadosa y agradable.

—¡Cómo! ¿También tú en el gran mundo?... —le dijo.

—Sabía que iba usted a venir —contestó Pierre; y añadió en voz baja, para no molestar al vizconde, que proseguía con su relato—: Iré a su casa a cenar. ¿Puedo?

—No, no puedes —dijo el príncipe Andréi, riendo y apretándole la mano, para darle a entender que eso no debía preguntarse. Quería añadir algo, pero en aquel instante el príncipe Vasili se levantó con su hija y los hombres se pusieron en pie para dejarles paso.

—Me perdonará usted, querido vizconde —dijo el príncipe Vasili al francés, tirándole cariñosamente de la manga hacia la silla para que no se levantara—. Esa desdichada fiesta del embajador me priva de un placer y lo interrumpe. —Y volviéndose a Anna Pávlovna—: Siento mucho abandonar tan atractiva velada.

Su hija, la princesa Elena, sosteniendo apenas la cola del vestido, se deslizó entre las sillas y la sonrisa iluminó aún más su precioso rostro. Cuando pasó delante de Pierre, él la miró con ojos casi asustados y entusiastas.

—Es bellísima —dijo el príncipe Andréi.

—Bellísima —repitió Pierre.

Al pasar a su lado, el príncipe Vasili tomó la mano de Pierre y volviéndose a Anna Pávlovna dijo:

—Doméstíqueme a este oso. Hace ya un mes que vive conmigo y es la primera vez que lo veo en sociedad; nada hay más necesario para un joven que la compañía de mujeres inteligentes.

#### IV

Anna Pávlovna, sonriendo, prometió ocuparse de Pierre, quien, como ella sabía, era pariente del príncipe Vasili por línea paterna.

La señora de mediana edad sentada junto a *ma tante* se levantó rápidamente y fue al encuentro del príncipe Vasili, alcanzándolo en el vestíbulo. Su rostro no expresaba ahora la simulación de un interés

inexistente: aquella faz bondadosa, en la cual habían dejado su huella las lágrimas, denotaba tan sólo inquietud y temor.

—Príncipe, ¿qué me dice de mi Borís? —le preguntó cuando estuvo cerca (pronunciaba Borís con un especial acento sobre la *o*)—. No puedo permanecer más tiempo en San Petersburgo. Dígame qué noticias puedo llevar a mi pobre hijo.

Aunque el príncipe Vasili la escuchaba forzosamente, casi con descortesía, dando muestras de impaciencia, la señora le sonreía con ternura y de modo conmovedor. Lo sujetaba del brazo, como para evitar que se marchase.

—Bastaría una palabra suya al Emperador para que mi hijo entrara de inmediato en la Guardia.

—Créame que haré todo lo posible, princesa —respondió el príncipe Vasili—, pero me resulta difícil pedirselo al Emperador; le aconsejaría que se dirigiera a Rumiántsev por medio del príncipe Golitsin; eso será lo más sensato.

La señora de mediana edad era la princesa Drubetskaia, perteneciente a una de las mejores familias de Rusia, pero era pobre, permanecía retirada de la sociedad desde hacía mucho tiempo y había perdido sus antiguas amistades. Había acudido en aquella ocasión sólo para obtener un nombramiento en la Guardia para su único hijo. Con el exclusivo fin de encontrar al príncipe Vasili hizo el esfuerzo de asistir a la velada de Anna Pávlovna, y sólo por eso había escuchado la historia del vizconde. Se asustó al oír las palabras del príncipe. Su rostro, bello en otro tiempo, reflejó la cólera por un instante; pero no duró mucho. Una vez más sonrió y sujetó con mayor fuerza el brazo del príncipe.

—Escuche, príncipe —le dijo—, nunca le pedí nada, ni volveré a pedirle nada más; no le he recordado la amistad con que lo distinguió mi padre. Mas ahora, en nombre de Dios, lo conjuro a que lo haga por mi hijo y lo consideraré mi bienhechor —añadió apresuradamente—. No, no se enfade, prométamelo. Me he dirigido ya a Golitsin y se ha negado. Soyez le bon enfant que vous avez été —concluyó, esforzándose por sonreír, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Llegaremos tarde, papá —dijo la princesa Elena, que esperaba a la puerta volviendo su preciosa cabeza sobre aquellos hombros de hermosura clásica.

La influencia en el mundo es un capital que se debe custodiar para que no se nos vaya de las manos. Lo sabía bien el príncipe Vasili y comprendía que si intercedía en favor de todos cuantos se lo solicitaban acabaría por no solicitar nada para sí. Esto lo forzaba a usar muy rara vez de su propia influencia. Pero en el caso de la princesa Drubetskaia, después de la última exhortación, sintió como un remordimiento de conciencia. Le había recordado la verdad: sus primeros pasos en

la carrera los debía al padre de aquella dama. Por otra parte, adivinaba en su modo de actuar que era una de esas mujeres, sobre todo si son madres, que cuando se empeñan en algo no renuncian a su idea hasta verla realizada y, en caso contrario, están prontas a volver a la carga cada día y en todas las ocasiones, llegando a promover escenas. Esta última consideración lo hizo vacilar.

—Chère Anna Mijáilovna —dijo con la acostumbrada familiaridad y con cierto dejo de tedio en la voz—, me es casi imposible hacer lo que pide, pero para probarle lo mucho que la quiero y el respeto que guardo a la memoria siempre viva de su padre, haré lo imposible. Su hijo pasará a la Guardia. Deme la mano. ¿Está contenta?

—¡Amigo mío, mi bienhechor! No esperaba otra cosa de usted, sabiendo lo bueno que es. —El príncipe intentó marcharse—. Espere, dos palabras... une fois passé aux Gardes... —Se detuvo un instante—; usted tiene buenas relaciones con Mijaíl Ilariónovich Kutúzov, recomíéndele a Borís como ayudante de campo. Entonces estaré tranquila y...

El príncipe Vasili sonrió.

—Eso no se lo prometo. Ignora cómo asedian a Kutúzov desde que fue nombrado comandante en jefe del Ejército. Él mismo me ha dicho que todas las damas de Moscú se han confabulado para darle a sus hijos como ayudantes de campo.

—Prométamelo; no lo dejaré marchar, mi querido bienhechor.

—Papá —repitió con el mismo tono la bella hija—, que llegamos tarde.

—Bueno, au revoir, adiós. Ya ve...

—Entonces, ¿hará la recomendación al Emperador mañana mismo?

—Desde luego; pero lo de Kutúzov no se lo prometo.

—No, prométamelo, prométamelo, Basile —dijo ya a sus espaldas Anna Mijáilovna con una sonrisa de joven coqueta que debió de serle habitual en otros tiempos pero que ahora no cuadraba con su rostro fatigado.

Olvidaba evidentemente su edad y ponía en juego, por pura costumbre, todos sus antiguos recursos femeninos. Apenas hubo salido el príncipe, su rostro recobró la misma expresión fría y fingida de antes. Volvió al círculo donde el vizconde proseguía sus relatos. Y simuló de nuevo escucharlo, esperando la ocasión de marcharse, porque el motivo de su venida ya estaba cumplido.

Anna Pávlovna decía:

—¿Y qué piensa de esa última comedia du sacré de Milán? Et la nouvelle comédie des peuples de Gênes et de Lucques, qui viennent présenter leur vœux a M. Buonaparte? M. Buonaparte assis sur un trône, et exauçant les vœux des nations! Adorable! Non, mais c'est à en devenir folle! On dirait que le monde entier a perdu la tête.

El príncipe Andréi sonrió irónico, mirando fijamente a Anna Pávlovna.

—«Dieu me la donne, gare à qui la touche» —dijo (palabras de Bonaparte en el momento de su coronación)—. On dit qu'il a été très beau en prononçant ces paroles —añadió; y las repitió en italiano—: «Dio mi la donna, guai a chi la tocca».

—J'espère enfin —continuó Anna Pávlovna— que ça a été la goutte d'eau qui fera déborder le verre. Les souverains ne peuvent plus supporter cet homme, qui menace tout.

—Les souverains? Je ne parle pas de la Russie —dijo desolado y cortésmente el vizconde—. Les souverains, madame! Qu'ont-ils fait pour Louis XVI, pour la reine, pour Madame Elisabeth? Rien —prosiguió animándose—. Et croyez-moi, ils subissent la punition pour leur trahison de la cause des Bourbons. Les souverains? Ils envoient des ambassadeurs complimenter l'usurpateur.

Y con un suspiro de menosprecio cambió de postura. El príncipe Hipólito, que desde hacía tiempo observaba al vizconde a través de los impertinentes, se volvió en ese instante hacia la pequeña princesa y le pidió una aguja, para mostrarle, dibujándolo sobre la mesa, el escudo de los Condé. Gravemente, le fue explicando aquel escudo, como si ella se lo hubiese preguntado.

—Bâton de gueules, engrêlé de gueules d'azur; maison Condé —dijo.

La princesa escuchaba sonriendo.

—Si Bonaparte continúa un año más en el trono de Francia —siguió el vizconde con el aire de un hombre que no escucha a los demás, sino que, en un asunto que conoce mejor que nadie, sigue únicamente el curso de las propias ideas—, las cosas llegarán demasiado lejos. Con la intriga, la violencia, el destierro, las ejecuciones, la sociedad (hablo de la buena sociedad francesa) quedará destruida para siempre, y entonces...

Alzó los hombros y abrió los brazos. Pierre quiso decir algo, porque la conversación le interesaba, pero la vigilante Anna Pávlovna se lo impidió.

—El emperador Alejandro —dijo con la tristeza con que siempre acompañaba sus palabras al hablar de la familia imperial— ha declarado que dejará que los franceses elijan su forma de gobierno. Y yo creo sin dudar que toda la nación, liberada del usurpador, se echará en brazos del rey legítimo —añadió, procurando ser amable con el emigrado realista.

—Lo dudo —dijo el príncipe Andréi—. Monsieur le vicomte cree, y con toda razón, que las cosas han llegado ya demasiado lejos. Pienso que será difícil volver al pasado.

—Por cuanto he oído —dijo Pierre ruborizándose e interviniendo de nuevo en la conversación—, casi toda la nobleza se ha puesto de parte de Napoleón.

—Son los bonapartistas quienes lo dicen —repuso el vizconde, sin mirar a Pierre—. Ahora es difícil conocer la opinión social de Francia.

—Buonaparte l'a dit —objetó el príncipe Andréi con una sonrisa. (Era evidente que el vizconde no le gustaba y, aun cuando no lo mirase, sus palabras iban dirigidas contra él.)

—«Je leur ai montré le chemin de la gloire —añadió tras un breve silencio, repitiendo las palabras de Napoleón—. Ils n'en ont pas voulu; je leur ai ouvert mes antichambres, ils se sont précipités en foule...» Je ne sais pas à quel point il a eu le droit de le dire.

—Aucun —respondió el vizconde—. Después del asesinato del duque, hasta los hombres más parciales dejaron de ver en él a un héroe. Si même ç'a été un héros pour certaines gens —prosiguió, volviéndose a Anna Pávlovna—, depuis l'assassinat du duc il y a un martyr de plus dans le ciel, un héros de moins sur la terre.

Todavía no habían tenido tiempo Anna Pávlovna y los demás de apreciar con una sonrisa las palabras del vizconde cuando Pierre irrumpió de nuevo en la conversación. Anna Pávlovna, aun previendo que el joven iba a decir algo incorrecto, ya no pudo contenerlo.

—La ejecución del duque de Enghien —dijo Pierre— era una necesidad de Estado; donde yo veo grandeza de ánimo es precisamente en el hecho de que Napoleón no haya tenido el temor de cargar, él solo, con toda la responsabilidad.

—Dieu! Mon Dieu! —murmuró aterrorizada Anna Pávlovna.

—Comment, monsieur Pierre, vous trouvez que l'assassinat est grandeur d'âme? —dijo la pequeña princesa sonriendo y acercando hacia sí su labor.

—¡Ah! ¡Oh! —exclamaron varias voces.

—¡Capital! —dijo en inglés el príncipe Hipólito, dándose unos golpes en la rodilla con la palma de la mano. El vizconde se limitó a encogerse de hombros.

Pierre miraba triunfalmente a los oyentes por encima de sus anteojos.

—Digo eso —prosiguió con desesperada decisión— porque los Borbones han huido de la revolución dejando al pueblo entregado a la anarquía; sólo Napoleón supo comprender la revolución y vencerla. Por eso, y por el bien común, no podía detenerse ante la vida de un solo hombre.

—¿No quiere pasar a esa otra mesa? —dijo Anna Pávlovna.

Pero, sin contestar, Pierre continuó su discurso, cada vez más animado.

—Sí, Napoleón es grande porque supo ponerse por encima de la revolución, reprimiendo sus abusos y tomando cuanto tenía de bueno: la igualdad de los ciudadanos, la libertad de palabra y de prensa, y tan sólo por eso conquistó el poder.